
NICOLAS SANCHES-ALBORNOZ

La población de América Latina

Desde los tiempos precolombinos hasta el año 2 000.

Alianza Editorial, Madrid, España, 1973.

312 páginas, 61 cuadros, gráficos y mapas.

Sólo este año hemos conocido esta obra de Sánchez-Albornoz. Sus propósitos figuran ya en la primera página "El libro presente abarca desde que los cazadores y recolectores primitivos descubrieron el entonces Nuevo Mundo hasta, por último, fuera ya de la historia, el próximo año 2 000. Disponiendo el autor de menos de una página para cada siglo, de los cuatrocientos que son conocidos hasta ahora, la condensación se impone a la fuerza".

Dividido en ocho capítulos, una lista bibliográfica y una advertencia, pasa revista a los principales acontecimientos que han ocurrido e influido en el desarrollo poblacional de la región: La historia demográfica de América Latina; La población precolombina; La conquista; El nuevo derrotero; Gobernar es poblar; La explosión demográfica; Del terruño a la metrópoli; El año 2 000.

El autor señala: "tres son los vuelcos que impusieron su sello a la evolución demográfica, vistos desde el punto de vista tecnológico y de las sociedades que éste moldeó: la revolución agrícola, que permitió una dominación más estricta de la Naturaleza por el hombre al intensificar la ocupación del suelo mediante cultivos y la fundación de pueblos y luego ciudades; la revolución industrial que no afectó a América Latina de forma inmediata, pero sí repercutió en la medida en que aumentaba la demanda de determinados productos de estas tierras y dejaba caer algún beneficio anexo" (vías de comunicación, por ejemplo) aunque sólo en ciertos centros y comarcas; y la revolución demográfica que es contemporánea y provocó una explosión de población. De esta manera piensa que "el modelo europeo, que ha servido por mucho tiempo de marco de referencia para la historia de la población mundial, no se aplica, pues, a nuestra región, ya que, por ejemplo, "la baja de la mortalidad y la subida de la fecundidad vinieron desfasadas en América Latina en tres cuartos de siglo con respecto a la mayor parte del Viejo

Mundo. Los orígenes son, además, diferentes. "Tomando en cuenta el desarrollo histórico" principalmente, sugiere dividir el desarrollo poblacional en cinco etapas: la época de los pueblos cazadores, la época aborígen agraria, la conquista, el ciclo colonial y su prolongación neocolonial y la actual explosión demográfica.

El problema del tamaño de la población indígena en el momento de la conquista, tema sumamente controvertido y difícil de dilucidar, es reseñado someramente, citando los nombres de algunos investigadores "alcistas" y otros "bajistas". De este modo, las estimaciones varían entre 8,5 millones para Knocher, primero 11 y luego 25,2 de Cook y Borah, 13 para Rosenblat, 40 y 50 de Rivet y Sapper y 90 a 112 millones de habitantes según Dobyns. Aunque a alguien pudiera parecer lo contrario, el problema del número de indígenas al momento de la llegada de los europeos es de primera importancia, pues mediante la solución de él puede llegarse a soslayar la verdad acerca de la "leyenda negra" de la conquista y colonización ibérica (o al menos su cuantía) y, de paso, conformar una curva de crecimiento, que de todas maneras es regresiva, que arranque de antes de la fusión de las razas: ¿regular? ¿zigzagueante?

La segunda hipótesis es la que se acepta. "Roto el equilibrio de su economía (de los indígenas), sociedad y cultura, la población empezó a declinar (a partir del descubrimiento y la conquista) en una forma estremecedora. Hoy no se trata ya de afirmar el hecho sino de establecer en qué proporción ocurrió la caída, cuáles fueron los factores que la provocaron y cuál es el peso de cada una de las razones aducidas" (página 59). Por esto, puede extenderse el período de la conquista (desde el punto de vista demográfico) "al lapso comprendido entre el descubrimiento del Nuevo Mundo y la sima o nadir en que la población autóctona se hundió". Rosenblatt (1954) estima que entre 1492 y 1650 América pasó de 13,3 millones a 10 millones de habitantes, o sea, descendió en una cuarta parte del total inicial. Dobyns, en cambio, considera la reducción a una vigésima parte, lo que significa que la población indígena quedó reducida al 5 o 4% del comienzo. La tesis homicídica, o genocídica, debida a los avatares de la conquista, explica gran parte de esta hecatombe demográfica; pero, también puede explicarse por el desgano vital, es decir, la relajación de la fertilidad por razones psicológicas y socioeconómicas traducidas en familias indígenas, e incluso españolas, sin hijos o con uno o dos cuando más; el desarrollo agropecuario, aunque parezca insólito a primera vista, colaboró asimismo en la disminución del indígena al ocupar sus tierras con cultivos y animales de origen europeo para provecho de los conquistadores; la otorgación de mercedes de tierras, una vez pasada la codicia por el oro y la plata, y las encomiendas apresuraron esta situación; sobre estas condiciones actuaron las pestes, originadas fuera del continente y transmitidas por los vectores comunes y, tuvieron una virulencia catastrófica: la viruela, el sarampión, probablemente el tifus, la gripe, la peste bubónica, la difteria, la sífilis, etc. que afectaron más al indígena desnutrido y sin defensas naturales contra ellas, que al europeo y sus descendientes y a los africanos.

La trata de negros y su introducción en América, la concentración de los indígenas en poblados, la mezcla de las razas a lo largo de decenios, el proceso de urbanización, ligado a la explotación minera y al comercio portuario, y la discriminación en contra de los indios, relegados a los barrios o rancherías, la evangelización, etc. son otros tantos rasgos sobresalientes del período, junto a los cuales el temprano resurgimiento de México y Lima, sedes de los principales virreinos, apuntan una mejoría que empieza a vislumbrarse hacia la segunda mitad del siglo XVII.

El segundo tercio del siglo XVII inaugura una nueva etapa demográfica que se puede considerar extendida hasta los primeros treinta años del siglo actual: "La población incurre en un crecimiento bien diferente del acaecido antes y después y, en general, el aumento experimentado fue superior al de cualquiera región del mundo, con excepción de América del Norte" (página 108). A pesar de las características comunes que tiene pueden distinguirse subetapas: una, de estabilización indígena y preámbulo a la vez de la expansión general subsiguiente; y otra de decadencia de la sociedad tradicional heredera de la colonial. El aumento del indigenado se advierte, en los países con mayor participación de esta raza, en el crecimiento de los padrones tributarios. Sin embargo, las hambrunas, frecuentes, pero no permanentes, las enfermedades epidémicas y algunas ya endémicas (tifus, fiebre amarilla, bubónica) se enseñoreaban con la población y hacían disminuir el ritmo.

La expansión definitiva se inicia en el siglo siguiente. "Desde el último tercio del siglo XVIII en adelante, el orbe entero presenció el desarrollo simultáneo de las fuerzas productivas y de la población. No está muy claro qué relación existe entre ambos fenómenos, si fue la economía o la población la que desencadenó el proceso. Al menos el tema sigue en discusión" (página 125). Sin embargo, aunque América Latina acompañó a las naciones europeas en su crecimiento demográfico, más o menos con un 0,8% anual, la naturaleza del mismo fue aquí de índole diferente, pues no respondió siempre a exigencias endógenas, libres, fuera de toda influencia exterior. Además, el crecimiento se operó, principalmente, en el medio rural.

El repunte es frenado por las guerras de independencia y de anarquía que vinieron enseguida como consecuencia de la rivalidad de generales, de caudillos o de bandos políticos que pugnaban por el unitarismo o el federalismo.

El capítulo V de la obra que reseñamos entra ya y definitivamente en los problemas demográficos contemporáneos. "A comienzos de la vida independiente, América Latina aun conservaba viva la memoria de la política poblacionista borbónica, apropiada para la época en que fue diseñada, cuando los hombres y las actividades económicas languidecían y sólo un trallazo podía desentumecerlos, al

tiempo que procedía confirmar títulos jurídicos sobre vastas provincias desiertas, asentando en ellas colonos. Para las repúblicas agrarias que heredaron al imperio, la plétora de ciudadanos siguió simbolizando grandeza: cuantos más habitantes, mayor poderío y mayor riqueza" (página 169). Estas palabras justifican el título del capítulo: *Gobernar es poblar*. Con ello se abre el continente a la migración extranjera, basada en un gran número de leyes protectoras, a la par que los habitantes se desplazan hacia otras regiones dentro de cada país y, en especial, hacia las costas al abrirse los Estados al comercio internacional. La apertura, en gran parte selectiva, —se prefería y se contrataba al europeo, occidental o nórdico, en lo posible católico—, bajo pretexto de que importaba tecnología, saber, buenas costumbres, moralidad; pero, no se desdeñaba al culí chino, asiático en general, si a éste era posible pagarle menos o explotarlo más, desdeñando al trabajador local al cual se le negaban condiciones y, por tanto, tierras. Es la política clásica de ciertos gobernantes del siglo pasado en casi toda América Latina. El aluvión migratorio —que obedecía, por lo demás a ciertas condiciones existentes en Europa— es, sin embargo, de la segunda mitad del siglo pasado cuando llegaban 3 400 000 personas a Argentina; 3 300 000 a Brasil entre 1870 y 1940.

La entrada masiva de europeos selló con un signo indeleble a las naciones que los acogieron. Aparte de las consecuencias sociales y económicas, desde una perspectiva puramente demográfica aceleró el crecimiento de estos países ahora en forma definitiva, redistribuyó la población sobre su territorio y transmitió, en alguna forma, algunas de las modernas pautas vitales que el mediodía del Viejo Mundo comenzaba a adoptar entonces. En el total, América Latina entre 1850 —30,5 millones de habitantes— y 1930 —104,5 millones de habitantes— triplicó su población; pero dentro de ella América del Sur tropical subió de 15,0 millones a 53,8 millones, es decir, más que triplicó el número de sus habitantes. América del Sur templada, por su parte, subía de 3,0 a 18,9 millones entre las mismas fechas. Con estos grandes aumentos demográficos vienen algunos progresos o síntomas que luego se generalizarían: las ciudades capitales se erigen en centros urbanos ya sobrepasando el medio millón de personas, sus calles se pavimentan, se generaliza la construcción de cloacas y alumbrado público y empieza el proceso de industrialización que se acelerará con la primera guerra mundial.

Los dos últimos capítulos son ya mucho más conocidos y estudiados: la explosión demográfica que se inicia por los años 40, proceso que en el libro viene subrayado por subtítulos como los siguientes: *A letalidad menor, vida más larga; El rejuvenecimiento; Una fecundidad desbordante*. Lo mismo hace el autor con el capítulo siguiente, *Del terruño a la metrópoli*, que aparece subdividido en: *La criatura es el mejor inmigrante, El éxodo rural, La urbanización*.

El último es una relación futurista de lo que acontecerá en el año 2 000: el volumen poblacional comparado con el resto de las regiones mundiales, el descenso de las tasas de fecundidad y de mortalidad, la concentración de más de la mitad

de los habitantes en el sector urbano, la preeminencia, en cantidad de personas, de Brasil y México, etc. Las palabras postreras no revelan fatalismo ni premonición: "El porvenir que los juegos matemáticos asignan no es fatal. No es un hado previsto por alguna fuerza extraña. Son los seres humanos quienes lo realizarán: torcerán su curso o se extralimitarán; llegarán a él a regañadientes o darán los pasos necesarios para que sea un destino próspero y grato. Las metas pueden diferir así como los modos de alcanzarlas. Lo único ineludible es que de un modo u otro hay que optar". Pero, en estas buenas intenciones del autor no hay referencias a condiciones actuales políticas, sociales o económicas sin las cuales el decurso poblacional no tiene sentido y hacia las cuales Sánchez-Albornoz no toma partido.

Es, sin duda, un muy buen libro, y muy actual en el sentido de que ha visto la luz en el momento en que por aquí y por allá, de una manera o de otra, mujeres y hombres, jóvenes y adultos en Latinoamérica discuten o se interesan por la situación demográfica nacional o regional. Las políticas antinatalistas, aceptadas o combatidas, ocupan titulares permanentes en los periódicos y revistas y se repudia que sean llevadas a cabo con patrocinio y dineros extranjeros. Estudiosos, entre ellos médicos, de los problemas sociales y específicamente poblacionales, escriben artículos y libros, los más de ellos catastrofistas.

La parte histórica del libro de Sánchez-Albornoz, y especialmente la colonial, es, a nuestro parecer, la más importante y la más valiosa aunque se pierde la dimensión regional o total de América Latina para ocuparse de situaciones particulares de cada país. Sin embargo, ha sabido escoger lo más significativo de la frondosa literatura existente. Puede decirse, en suma, que se tiene ahora una imagen, si no completa al menos bastante aproximada, del estado y evolución poblacional del subcontinente. La verdad es que costaba encontrar noticias acerca del tema a no ser que se recurriera a obras muy generales.

Prof. E. Flores Silva